

A photograph of a woman with short, curly brown hair, wearing a white shirt with a colorful floral pattern and a blue apron. She is leaning over a dark brown wooden balcony railing, looking down at something in her hands. The balcony is heavily decorated with various plants. To her left, there are several large white flowers hanging from the railing. In the center, there are bright orange and pink flowers. To her right, there are more white flowers and purple ones. The background shows a building with a dark doorway and more potted plants hanging from the ceiling. The overall scene is bright and colorful, suggesting a sunny day.

**Luis Masutier**

**JOSÉ**  
**3 relatos**

# I

¡José!

Entre la avenida de Benito Pérez Galdós y la ilustre gran vía de Fernando el Católico, paralela al Paseo de la Pechina y, por tanto, del río, hay en Valencia una calle poco conocida, la del Doctor Zamenhoff. Debe medir algo más de trescientos metros, aunque yo nunca fui bueno calculando esas cosas, y no se puede decir que tenga mucha vida en cantidad, si bien calidad no le falta.

No deseo extenderme en la descripción de la calle, por lo que pasaré a relatarles el hecho que la convierte en calle de mención: en el número 22, quinto izquierda según se mira la fachada, vive una señora de cierta edad con el pelo aún oscuro, claro síntoma de que el dinero aún le da, al menos, para teñirse. Es sabido en el barrio que la señora María tiene un trastorno psicológico de los que tienen nombre, que es lo mismo que decir que se le nota más que al resto de los mortales.

Si se pasean ustedes a horas de sol por las inmediaciones de su casa y son pacientes (porque a veces el arrebato tarda en darle, o incluso con mucha suerte un día no le da), la verán salir toda menudez a su estrecho balcón, empinarse para mirar por encima de la verja y clavar su mirada en el suelo durante horas. ¡Imagínense cómo debe tener las cervicales la señora María, horas y horas mirando al suelo desde un quinto! Claro, se dirán ustedes que no parece tan grave el querer ver qué pasa por la calle, que mucha gente mayor lo hace y probablemente desde su ventana del 5º vea poco... Pues déjenme explicarles la originalidad del caso. Durante todo el tiempo que dedica la señora María a mirar al suelo, no pasan más de 20 segundos sin que grite:

- ¡José!

En ocasiones convierte José en Jose, variante más valenciana, pero eso sí, invariablemente, a viva voz y repitiendo sin cesar el nombre, en ocasiones sin siquiera respirar. Cabe imaginar que el nuevo inquilino de la calle quedará sorprendido ante las habilidades de la señora María, que encauzadas en otra dirección la hubieran podido convertir en una gran cantante de copla o incluso de ópera, pues no se puede calificar de menos que de asombroso el dominio que esta mujer tiene de su voz con una resistencia numantina a fríos y lluvias. Grita durante horas, pero jamás se le ha escuchado mermar en intensidad, tono o frecuencia, no se le oye carraspear y ni siquiera se refresca la



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

garganta ni con agua ni con líquido alguno. Ella permanece allí perseverante, calentando el aire con su grito “¡José!” que, tristemente, no es respondido por nadie desde la calle.

Lo más curioso es que nadie la invite a volver a la casa, que no haya alguien con ella cansado de escucharla gritar cada día, porque alguien tiene que haber. Es cierto que quizá no todo el día, quizá no mientras grita, pero alguien está con ella porque ella nunca sale a comprar. Podríamos saber fácilmente quién es ese alguien con sólo hacer un par de averiguaciones, pero realmente no preocupa a nadie cómo hace para estar bien, que lo está. Lo que todos hemos querido saber, y ustedes me lo van a confirmar ahora, es por qué está mal. Por qué grita, a quién grita. Y esa información, se la puedo dar yo ahora.

Corría el año 74, año de bonanza para la familia de María, año de alegrías pues había nacido su tercer hijo, Vicente, que se llevaba tres con la pequeña Amparo y ocho con su hermano mayor, José. Ni que decir tiene con esos nombres que la familia era valenciana de pura cepa, muy falleros y muy devotos de la Virgen Geperudeta.

En la Pascua del 74 José quería salir a merendar como todos los años, no tanto por la mona y el chocolate como para poder ir tirando cohetes por la calle, pero su madre tenía que ocuparse de los pequeños y su padre trabajaba hasta tarde. Desde su balcón del quinto los oía explotar por todas partes en la calle, en el río, en el cielo... incluso había tirado algunos desde su atalaya aprovechando la ocupación de su madre, aunque no le salió del todo bien la jugada ya que su padre se enteró por un vecino al volver del trabajo y le hizo probar la rigidez de su correa.

Los padres se apiadaron del crío viendo los paseos que daban sus ojos a través de la ventana y decidieron dejarle salir la tarde siguiente a tirar cohetes, aunque fuera solo, e hicieron mucho hincapié en que no tenía que hablar con nadie que no conociera, ni mucho menos aceptar regalos de nadie, que había mucha gente mala. Esa tarde a José se le iluminó la cara. Apenas probó el panquemao de la mona de las ganas que tenía por ayudar a hacer de Valencia el lugar más ruidoso sobre la tierra.

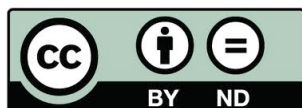
Puso petardos en caños, verjas y ventanas, los tiró a la gente, los tiró al río, su bolsa estaba casi sin estrenar y quería gastarlos todos, todos, por si lo de aquella tarde ya no se repetía. Se moría de la risa cuando pillaba a alguien desprevenido y daba un



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

salto. Disfrutaba. Hasta cuando lo pillaban a él. Con las bicicletas era realmente divertido cuando alguien venía por la calle: había que calcular muy bien la velocidad de la bici, la trayectoria, el tiro, la duración de la mecha... un par de veces consiguió clavar el lanzamiento y el resultado era fantástico, porque del susto perdían el equilibrio y se caían al suelo. Cuando la gente fue desapareciendo tiró también muchos a las ruedas de los coches aparcados, pero aquello le desilusionó porque por mucho que lo intentaba no les conseguía hacer nada. Entonces se le ocurrió tirarle un petardo a un perro callejero, y después del entrenamiento de toda la tarde lo hizo con tal puntería y precisión que acertó a explotarle en todo el lomo. El perro, que no era pequeño, corrió enseñando los dientes bien apretados en dirección a José que, muerto de miedo, salió disparado huyendo del perro sin perderlo de vista. Giró la esquina, bajó la acera, cruzó la calle y se encontró de bruces con el camión que le apartó para siempre de las travesuras y los petardos.

En cuanto las vecinas subieron a contarle lo que le había pasado a su hijo, María empezó a llamar a José sin descanso para demostrarles que el niño tendido en el suelo era otro.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0 \(Unported License\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/)

## II

¡José!

-¡Ay, mira! Tú eres la vecina nueva, ¿no? Hola, yo soy Paquita.

-Hola, encantada, yo me llamo Rosa, sí del 4ºB.

-Pues mira qué bien, ya nos conocemos por si algún día necesitamos algo una de otra, hija, que esto siempre es lo mismo: hoy por ti y mañana por mí.

-Sí, claro, por supuesto.

-¿Y tú qué vives, sola? Porque una chiquita joven como tú todo ese piso es mucho para pagar y limpiar y todo, uy, yo sola no podría.

-Pues...

-Es que el piso este da mucho trabajo, que parece que no, hija, pero da trabajo.

-No, pero con mi novio nos repartimos la faena y, bueno, así es menos pesado.

-Aaah, que tienes novio... Pues allá tú, pero que sepas que los hombres ni limpian bien ni planchan bien ni na. Lo de cocinar, aún aún y no todos...

-Bueno, Jaime me ayuda mucho y yo también..

-Pues eso que tienes, Rosa. Me has dicho Rosa, ¿no?

-Sí.

-Ah, bueno, pues dime, ¿qué querías?

-Sí, mire, es que estamos..

-Oye, háblame de tú, que me haces vieja. Ya ves que no tengo casi arrugas, mira. Que aún soy joven, ¿eh?

-Perdona, Paquita, perdona.

-¿Ves? Así ya me gusta más.

-Pues eso, que estamos buscando dónde está la toma del teléfono y no la encontramos, y he pensado que a lo mejor viendo su.. tu casa, pues sabríamos dónde buscarla.

-Ay, chica, sin problema. Entra, entra. Mira, aquí en el salón, detrás del pilar lo tenemos nosotros, lo que la Encarna, que es la que vivía antes que tú en tu casa, lo tenía diferente. Yo creo que no lo tenía en el salón, sino en el pasillo. Sí, algo así era.

-O sea, que las casas no venían con la instalación del teléfono en todas igual...

-Noo, Rosa. Cada uno se lo instaló cuando lo quiso. Antes no todo el mundo tenía. Bueno, como ahora, porque con el móvil cada vez hay más gente que no tiene fijo, y no veas el dineral de teléfono. ¿Es que vosotros sois de esos anti-móvil?



-No, mujer, no, si móvil tenemos. Es sólo que queremos ponernos Internet, y para eso hace falta el teléfono. Si no, claro, no nos poníamos fijo, porque..

-Claro, pal Internet sí. Ya decía yo que no me cuadraba a mí. Pero es que antes, pues tampoco tenía teléfono todo el mundo. Fíjate, los del 5º yo creo que ni se llegaron a poner.

-¿Los del 5ºB?

-Sí, los que están justo encima de ti. Los de la mujer que sale al balcón y se pone a gritar.

-Sí, sí. Pobre mujer. A veces una se cansa de oírla, pero luego lo piensas y en seguida se te pasa, porque da una pena verla ahí todo el día...

-Ya lo creo, hija, ya lo creo. Yo llevo aquí casi 30 años ya conviviendo con la Juana, que era un encanto, pero...

-¿Ah, pero no siempre estuvo así?

-Noo, qué va, era una mujer hecha y derecha. Menudita. Pero un ama de casa que daba gusto ver su casa. Y lo que guisaba, oy, aparte de que era un trozo de pan.

-Pero, ¿qué le pasó?

-¿Que qué le pasó? Ay, pobreta, qué no le pasó tendrías que preguntar. Yo siempre he pensado que eligió mal. Por eso siempre les digo a mis hijas que no se vayan con el primero que pasa. Es que la trataba muy mal. El marido, digo, el Jose. Resulta que ella estaba locamente enamorada de él, porque él era muy guapo, pero más que guapo, de esos hombres que te miran y sientes un no se qué por todo el cuerpo... Bueno, pues eso, que él era un mujeriego de mucho cuidao, y ella no hacía más que desvivirse por él, y venga a tenerle la casa como una patena, venga a comprarle lo que más le gustaba, se pasaba horas cocinando y luego él siempre la despreciaba, muchas veces ni aparecía por casa y, claro, ella muerta de los celos y de pensar dónde estaría y si le habría pasado algo, y todo eso. Ay, pero siéntate, Rosa, ¿quieres tomar algo?

-No, no se moleste.

-“Te” molestes, rica.

-Ay, perdón.

-Bueno, siéntate, no pasa nada, ya te acostumbrarás. Mira, pues el Jose, que siempre fue así, un mal marido, a eso de llevar 4 ó 5 años de casados, empezó a venir cada vez



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

menos por casa. Claro, en aquel entonces ni había móviles ni nada, si alguien no aparecía, pues no había manera de contactarle... Y Juana la pobrecita cada día tenía la cara más larga, y más ojeras, no dormía nada. Adelgazó... Ni lo sabes, yo pensaba que un día se nos moría de no comer. Y es que no tenía apetito de la pena que tenía. Nos decía que se le había quemado la comida todos los días y la había tenido que tirar, y todo era porque ella pensaba que a José no le gustaba lo que ella cocinaba y no hacía más que buscar recetas nuevas, y probar otras cosas. Y cuando José volvía, se sentía loca de contenta. Se la oía reír, él la volvía a engatusar y ella le consentía todo. Por tenerlo cerca, hubiera hecho cualquier cosa.

-Pero ¿por qué se iba? ¿porque tenía a otra?

-Otra, dice... ¡Otra docena tenía! Y algunas muy ricas, que le compraban regalos y ropa, y claro la Juana lo adoraba pero no era tonta, y ella veía y callaba, y hacía por creerse que tenía que viajar por negocios y no le preguntaba ni rechistaba ni nada. Y él nunca le daba una fecha de retorno, que no sabía, que se podía complicar...

-¿Y ella nunca supo nada?

-¡Claro chica! Si eso no había cómo ocultarlo. Ella lo sabía y lo consentía. Pero le bastaba con saber que era su marido (porque se habían casado por la Iglesia, de jovencitos, y ella estaba muy orgullosa de ser la mujer del más guapo de Valencia).

-Y de tanto esperarle se volvió loca.

-Bueno, no exactamente.

-¡Ay, Paquita, que tengo cosas que hacer, venga cuéntame qué le pasó!

-Ah, vale, pues mira. Resulta que ella quería tener familia, pero José no tenía ninguna gana. Toda su ilusión era tener un bebé y criarlo y jugar con él y que le hiciera compañía también un poco. Pero claro, José que ya estaba bien saciado y que ya tenía sus compromisos y sus queridas, la esquivaba, y tenían muy poca vida de alcoba. Y ella se moría de envidia y de pena, y a veces la oíamos lloriquear, y mira que ella era una mujer fuerte, pero la situación era dura.

Total, que un día lo consiguió. Se quedó embarazada. Cuando llevaba 2 semanas de la primera falta, empezó a cantar por la casa, a hacer punto (unos patucos que le hizo a la criatura monísimos, yo no he visto una cosa tan refinada así hecha en casa nunca, con hilo que le hizo traer a su prima de París...).



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

-Paquita, vamos, la historia, qué pasó con el niño.

-Ay, sí, perdona guapa. Pues eso, que ella tan feliz con su criatura y en esto que llega José una noche después de no sé, dos, tres semanas sin estar en casa. Venía como siempre con su maleta llena de ropa sucia, para que ella se la limpiara, y ella cuando lo vio llegar, se puso loca de contenta. Se puso a mimarle a voz en grito, y él pidiéndole que bajara la voz. Pero ella no quería, ella quería que la oyéramos todos, quería que se supiera. Cuando lo tuvo sentado, con el plato de comida delante... como si la viera. De pie, con las manos detrás del delantal, nerviosa, con la sonrisa de oreja a oreja. Y le gritó: ¡Estoy embarazada, José! Y se puso a dar gritos de contenta. ¡José, embarazada! Qué alegría. Cuando lo oímos todos estábamos sonriendo por ella. Se lo merecía, con tanto padecimiento. ¡Ay José, un niño, José! Y se la oía reír, a carcajada limpia, una risa alta, fuerte, que se te contagiaba, que se mezclaba con la de José; que se volvió más y más aguda y estridente, más entrecortada, más forzada, más ahogada, más gritada y cuando nos quisimos dar cuenta, estaba chillando de miedo y de pena, de angustia y sobre todo de dolor. A José se le había cambiado la cara cuando oyó la noticia. El bestia de él fingió estar riendo alto y fuerte para que no oyéramos cómo le pegaba. La dejó hecha un ovillo en el suelo, llena de hematomas y no se tomó la molestia ni de coger un abrigo.

Cuando se vistió mi marido y se acercó a ver qué pasaba con tanto llanto la vio tan mal que me llamó y me hizo ir con el camión, imagínate. Le hicimos un vaso de tila y la intentamos tranquilizar, pero toda su preocupación era que tenía que bajar a buscarle, que tenía que pedirle perdón. Mi marido no se lo consintió y ella se fue al balcón y se puso a llamarle. Yo tenía pánico porque pensé que igual se tiraba. Que es un quinto piso, y con la paliza que le había dado, se hubiera quedado en el acto. Y no sé yo, hoy igual dudo si no hubiera sido mejor... Porque desde esa noche no ha parado.

-¿De verdad?

-Como te lo digo, Rosa, no sé los años que hace, pues harán lo menos 20. Y ella sigue saliendo todas las tardes a llamarle, ya lo has visto tú, para pedirle perdón y para que vuelva con ella.

-¿Y no la han llevado al psiquiatra? Yo no la conozco, pero esa señora no está bien.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)



-¿Te puedes creer que cada vez que su hermana la ha llevado al psicólogo o al psiquiatra, ella ha actuado con total normalidad? ¿Que ha hablado de su marido que lleva desaparecido años, y de su aborto, y ningún médico es capaz de ver nada extraño en ella? Si cuando te digo que ella es lista...

-¿Y no lo habéis hablado con ella? Porque hay días que cansa, y yo no llevo nada aquí...

-Ay, Rosa, pero es que ella no se da cuenta... Ella el tiempo que está en la reja, es como si estuviera pensando, recordando, sintiendo que está con él. Luego en su casa ella hace todo tan normal. Sólo que tiene esos arrebatos de acordarse de él. Hay temporadas que se pone peor y se la oye más, pero chica, hay cosas peores. Ella es una mujer como Dios manda y no roba ni le hace daño a nadie.

-Bueno, eso es verdad, Paquita. Oye, mira que gracias por contarme la historia y por decirme lo de los teléfonos, pero es que son ya las do... ¡la una menos diez! Paquita, ya hablamos otro día, que tengo aún la comida por empezar.

-Claro, Rosa, no te preocupes, bonita. Ya sabes dónde estoy, cuando quieras hablar un rato sube. Y por la Juana no te preocupes, ¡te acostumbrarás! Hasta le cogerás cariño, ya verás, al final dejas de oírlo.

-Bueno, hasta luego Paquita.

-Hasta luego, Rosa. Venga, hablamos otro ratito. Adiós, adiós. Ten cuidado con ese peldaño que está un poco suelto. Si algún día estás sola súbete a comer a casa, ¿eh? Venga, adiós.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0 \(Unported License\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/)

# III

¡José!

... y del Espíritu Santo. Amén.

Bueno, pues ya he rezado el ángelus. Ahora a pensar qué me hago de comer. Tengo que empezar a ver al Arguiñano otra vez, que me estoy quedando sin ideas. Paella hice ayer, y el médico me ha dicho que no coma tanto arroz y patatas, que tengo que adelgazar... Uy, pero tiene razón, que la falda azul ya no me la cierro. Y bueno, no pasa nada porque total de casa no salgo más que cuando me llevan a misa... pero tengo que adelgazar, que no me vaya a ver alguna vecina cuando salgo al balcón y se lo vaya diciendo a todo el mundo. Qué malas son algunas... pero el Señor ya se lo hará pagar, que a nadie le sale gratis la maldad.

Bueno, ¿en qué estaba yo? Señor, ¿qué iba a hacer?

Ah, ¡la comida! Encarna, hija, cada día estás menos centrada. A ver, entonces algo de verdura. ¿Y qué tengo yo de verdura? Coliflor, bajocas y calabacín. Pues ya está, ¡me voy a hacer una tortilla de calabacín! Sí, sí, bien rica y con alimento. Y eso no engorda, que no lleva patata.

Venga pues, dos calabacines, que no son muy grandes. Voy a lavarlos bien que la verdura se llena de insecticida y luego a la gente le sale cáncer y todo es por no lavar bien la comida. ¡Con lo poco que cuesta! Y secarlos bien también, que no quiero la tortilla acuosa, que yo las cosas las hago bien, que yo no voy hablando por ahí y soy obediente y no quiero hacer enfadar a papá, que luego si hago algo mal me castiga y se enfada mucho y con la fuerza que tiene si se le va la mano luego me la deja marcada, y yo no quiero que eso pase. Así que tengo que hacer bien la tortilla. ¿Ves, papá? Los cubitos del calabacín todos iguales. La verdad es que con este cuchillo se corta de maravilla. Me lo ha dejado el afilador peripintado. Mira qué filo. Cómo brilla. Y está bien limpio. Ni una sola marca, ni una gota de sangre. No te preocupes, José, que nadie lo va a encontrar nunca, pero déjame quedármelo. ¿Cómo? Pero es que no lo van a encontrar nunca... José, ¿adónde vas? ¿Pero qué he hecho ahora? No, José, no te marches. Vuelve José. José por favor, no te vayas. Mamá, ¿no le vas a decir que vuelva? ¡Pero no te quedes ahí callada! ¡José! ¡José! ¡José! ¡José! ¡José! ¡Jose! ¡José! ¡Jose! ¡José! ¡José! ¡José!



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) (Unported License)

¡Ay, qué vergüenza! A saber cuánto rato llevo en el balcón gritando otra vez. No hay manera, ninguna de las pastillas funciona más de un par de semanas. Pues nada, cuando venga Carmen ya le diré que éstas tampoco. Pobre, se va a llevar un disgusto, con lo contentas que estábamos porque las pastillas nuevas estaban funcionando mejor que nunca... pero tampoco. Pues nada, habrá que volver al médico. No, pero casi me espero a decir nada, que no me la quiero jugar a que me lleven al psiquiátrico otra vez. Es que yo no lo entiendo... si loca no estoy, lo único es que me quedé traumatizada, si yo no le hago daño a nadie, ni he robado en mi vida ni he dicho mentiras. Bueno, sólo una. Pero eso fue para proteger a mi hermano. Y en el fondo hubiera dado igual, porque yo nunca supe adónde se iba, así que no hubiera cambiado nada.

¿Ves? Otra vez pensando en las musarañas, casi las dos y la comida por hacer. Menos mal que sólo es para mí, que si tuviera un marido menudas broncas me iba a echar... Bueno, el calabacín está ya colado, sólo hay que freírlo y batir los huevos. ¡Ay, le voy a poner un poco de nuez moscada al huevo como el Arguiñano, que la otra vez se me quedó bien sabrosa!

\* \* \*

...¡José! ¡José! ¡José! ¡Madre de Dios Santísima! Tengo que llamar a Carmen ahora mismo, ya no es que no funcionen tan bien, es que estoy mucho peor de lo que he estado en los últimos años. Que con este hoy ya llevo tres arranques. Me va a coger frío de tanto estar en el balcón. Esta semana no voy a misa, me muero de la vergüenza... Van a estar todas cuchicheando, que aunque a mí luego me digan que no, yo me doy cuenta cuando hablan de mí. ¡Como si no tuvieran bastante con cotillear con todo lo que pasa en la Falla! Y ya ves yo, con lo poquita cosa que soy, si hace años, ¡años! que estoy igualita. Bueno, más mayor. Que aunque me tiña y me ponga cremas, las canas y las arrugas no perdonan... ¡Y los kilos! Ay, bueno, ¿qué hago ahora?

¡Ay, la novela! ¿Qué hora es? Uy, las seis y diez, pues ya se me ha pasado. Con este van tres días que no la veo, y a este paso no me voy a enterar de la misa la media. Pero es que soy un desastre, mira que me lo tiene dicho papá, que no estoy en lo que estoy; y en el fondo tiene razón, tengo que esforzarme más por hacer las cosas bien y



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) (Unported License)



que si no ¿cómo le iba a pagar? Porque con la pensoncita que tengo, bueno, pues para comer y la luz y el gas y el agua tengo. Y para medicinas. Lo que me gastaré en medicinas, Señor, no lo quiero ni pensar. Pero lujos ninguno, que está todo carísimo. Y desde que pusieron el Euro, más. No sé adónde vamos a llegar. Pero en fin, que por lo menos le puedo devolver los favores de que me vaya a hacer la compra y me arregle las citas del médico y me lleve a misa de vez en cuando. Pero esta semana no voy, que no he parado de salir al balcón. Necesito volver a la medicación anterior, esta es una porquería. ¡No sé si dejar de tomármela! Ay no, que la última vez que lo hice me acabaron llevando al psiquiátrico porque decían que no me podía valer por mí misma. ¿Que no puedo valerme yo? ¡Que vengan a mi casa y la vean! A ver dónde encuentran una mota de polvo o un plato por fregar... Y ya no te digo las blusas. Mira, mira, otra maravilla. Si es que me tendría que dedicar a esto, si me dejaran trabajar sería feliz planchando todo el día.

Lo que no sé es si le gustará la bufanda que le he tejido. Se la he hecho naranja, que como son muy del Valencia, pues se la podrán poner para ir a los partidos. Y bueno, aunque se esté acabando el invierno, en Fallas por la noche siempre se tiene que abrigar uno. Ay, esa es otra cosa que voy a echar de menos este año: bajar a ver la falla quemarse. Desde el balcón la podría ver, pero es que no sé, ¿y si me pongo a gritar? Si pudiera tener a Carmen conmigo esa noche, pues al pelo. Ella me controlaría y yo vería la Cremà desde el balcón y estaría tan contenta. ¡Con lo que me gusta a mí el fuego! Pero voy a tener que mirar por detrás de los visillos, que sola no me atrevo a salir, y menos con el espectáculo que estoy dando últimamente.

Seguro que lo sabe ya, pero se lo tengo que decir yo, que si no van a pensar que vuelvo a no darme cuenta. ¡Pues cómo no me voy a dar cuenta! Si se me pasa el tiempo sin enterarme, si acabo con la voz ronca y la cara empapada en lágrimas... Claro que me doy cuenta, pero cuando vuelvo en mí. ¡Ay, Señor, Señor! ¿por qué tengo que cargar yo con esta cruz, por qué? Ay no, no, perdóname, Señor, que tu Hijo sufrió mucho más por salvarnos y yo me quejo por menudencias. Si tengo Fe, ¿de qué me quejo?

Bueno, pues la plancha está hecha. Y hoy no hay novela. ¡Ay, pero habrá cine de barrio! A ver qué película ponen... ¡Como sea una de la Gracita Morales, o de Paco Martínez Soria, me troncho! ¡O de Lina Morgan! Ay, sí, sí, por favor, que sea una



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) (Unported License)

comedia divertida, que tengo ganas de reírme. Mira la Carmen Sevilla, lo gorda que se ha puesto... Yo no puedo permitirme acabar así, tengo que controlarme más. A ver, la película entonces... Noooo. ¿Otra vez *El pequeño ruiseñor*? No los aguanto, ni a Joselito ni a Marisol, pero a Joselito menos, que todas las películas que tiene son de una tristeza que no quiero verlas. A ver en Canal 9... Una de vaqueros, bah. Voy a apagar la tele, que total nunca encuentro nada. Ya sólo se puede ver la novela. Ay, y la serie valenciana nueva, la Alquería Blanca, también me está gustando. Pero eso son los domingos.

Pues nada, a ver cómo me entretengo yo ahora... Porque fregar otra vez es tontería, que ya fregué ayer y está el suelo aún limpio. Lavar no tengo que lavar, coser cosí ayer, y la comida de mañana la tengo ya medio averiguada...

La verdad es que estoy un poco nerviosa, porque cuando me traiga Carmen la compra del mercado pues me preguntará, claro... ¿y cómo se lo digo? Que no quiero que lo entienda mal... Las pastillas me las he tomado, no me he saltado ninguna toma. Pero es que no me están haciendo buen efecto. Mira que parecía al principio que me iban bien, pero resulta que no están funcionando. Carmen lo entenderá, ¡si no es mi culpa! ¡Cómo va a ser culpa mía si eso no lo decido yo! El médico me da las pastillas y yo me las tomo. Yo hago lo que se me dice. Yo siempre hago lo que se me dice. ¿A que sí, papá? Yo hago las cosas bien. ¿A que te gusta cómo hago las cosas? ¿A que te he dejado bien planchada la camisa azul? ¿Cómo? Pero papá, si ese es el borde, que te lo remetes. ¡Ah! Ay no, papá, no me pegues, yo pensaba que... ¡Ay! Lo siento, papá, yo lo he hecho lo mejor que he podido. ¡Ay, no! No papá, eso tampoco, déjame por favor. ¡Ay! Papá, por favor. ¡Suéltame! ¡Déjame, papá! No. No. No. ¿Qué haces con ese cuchillo, José? Tranquilízate, pero si es normal, si es culpa mía por no hacer las cosas bien. ¡José, no le grites, que le vas a hacer enfadar! Pero José, que es nuestro padre... ¡José! ¿Qué vas a hacer insensato? ¡Ah! ¿Qué has hecho, José? ¡José! ¿Pero adónde vas? ¡José! ¡José! ¡José! ¡José! ¡José! ¡José!



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)